

Bukele y el ascenso de la derecha autoritaria en El Salvador: lecciones para Costa Rica

Carlos Molina Velásquez
El Salvador

Buenos días. Quiero agradecer a la Fundación Rosa Luxemburg, al IDESPO (UNA) y a Onda UNED por invitarme esta mañana. Y en sintonía con la frase de la misma Rosa, “el gesto más revolucionario es llamar a las cosas por su nombre”, les hablaré sobre la dictadura de Nayib Bukele. Comenzaré señalando cómo llegamos a esa situación y cuáles son las condiciones que la hicieron posible, y luego me detendré en los rasgos que caracterizan al régimen actual y la manera como ha logrado sostenerse.

1. Nayib Bukele comenzó políticamente como alcalde del partido FMLN, en un pequeño municipio en la periferia de la capital. Ahí comenzó a ensayar una nueva forma de hacer política, combinando una personalidad juvenil y atractiva, su origen burgués y empresarial, y el uso del *marketing* político encaramado en las redes sociales. Su discurso progresista era ecléctico, con referencias a las luchas de la izquierda nacional, propuestas reformistas, elogios al desarrollo de un capitalismo de rostro humano y medidas populistas.

Ya como alcalde de San Salvador, sus proyectos no tuvieron mucho impacto o fueron sonados fracasos, aunque supo construir una imagen bastante sólida de político visionario que podría cambiar la política de raíz. En este sentido, su figura fue percibida por la mayor parte de la población salvadoreña como la única posibilidad de una auténtica revolución, una que no decepcionara como lo habían hecho los dos gobiernos del FMLN, acusados de reformistas tibios o incluso de derecha blanda.

Hay que señalar que una gran parte de la militancia efemelenista trabajó para que Bukele ganara, abandonando después al partido para unirse a su nuevo líder y a su “brazo partidario”. Muchos de sus funcionarios más cercanos son antiguos miembros del FMLN; otros son más jóvenes. Es por eso que es fundamental que pensemos qué era lo que pasaba en esa izquierda para que de ahí surgiera la figura que la destruiría.

2. Diversas izquierdas contribuyeron al ascenso de Bukele, comenzando por el FMLN. Un viejo problema se incubaba en ese partido: los reclamos de renovación generacional siempre fueron vistos por los dirigentes como una amenaza y es probable que muchos de los jóvenes efemelenistas vieran en Bukele a uno de ellos. Y los ataques de estos dirigentes a Bukele, menospreciándolo por su “juventud e inexperiencia”, no hicieron más que contribuir a esa percepción de las juventudes.

Pero quizás la mayor contribución de los dirigentes del FMLN fue su torpe manejo de la amenaza real que representaba Bukele, ya que no solo le brindaron material suficiente para convertirse a sí mismo en un político joven atacado por la vieja dirigencia, simbolizando así al futuro cargado de promesas que sufría el embate de fuerzas reaccionarias y retrógradas, sino que también, y más importante, esa

dirigencia lo expulsó del partido, facilitando que se convirtiera, al fin, en el candidato que les iba a infligir, poco después, la mayor derrota de su historia.

Las otras izquierdas —feministas, ambientalistas, sindicatos, defensores de derechos humanos, colectivos LGBT, organizaciones sociales progresistas, etc.— vieron en Bukele una alternativa progresista al FMLN. Quizás su principal razón fue la insatisfacción con lo que los gobiernos de izquierda habían hecho hasta ahora, más que las propuestas del candidato o su imagen fresca. Y si observamos lo que hasta ese momento había hecho el joven alcalde, está claro que el apoyo tenía más la forma de un voto de castigo al FMLN que uno de claridad o confianza total en lo que el otro haría. Esto nos lleva a cómo era la política salvadoreña en ese momento.

3. Cuando Bukele hacía sus mitines y ganaba la confianza del electorado, la política salvadoreña había recorrido un largo camino de transformaciones que la habían convertido en sinónimo de corrupción. Un ex presidente intentó huir y luego falleció, otro fue procesado y encarcelado, y un tercero huyó al exilio, para evitar que lo apresarán. Asimismo, muchos ex funcionarios fueron acusados, procesados y encarcelados. Pero quizás lo más interesante fue que surgiera cierto consenso en la sociedad acerca de que la corrupción se había convertido en algo inseparable de la política, o al menos de la que un *millennial*, como Bukele, etiquetaría como “política tradicional”.

Pero una política así solo podía existir bajo una condición verdaderamente grave de precariedad institucional, es decir, una mezcla de malas prácticas y descrédito de la función pública que podía hallarse en todos los poderes del Estado y las instituciones que deberían estar al servicio de los ciudadanos. Tribunales que ponían precio a la justicia, burocracia al servicio de beneficios privados, compadrazgos público-privados y muchas otras expresiones de una perversión de lo público que socavarían el sentido mismo de la política y la ciudadanía.

Los dos principales partidos que derrotó Bukele, en el 2019, son ARENA —que surgió como brazo político de la extrema derecha, firmó los Acuerdos de Paz e instauró el neoliberalismo durante la década de los 90— y el FMLN —la ex guerrilla que luchó también desde el Parlamento y gobernó como partido de izquierda durante dos períodos presidenciales—. Ambos habían venido acumulando una pirámide de acusaciones de diversa índole, desde funcionarios acusados de corrupción, negociaciones con pandilleros y vínculos con el crimen organizado, hasta otras que tenían que ver con el abandono de su ideología y de su compromiso con los principios y demandas del electorado.

Mientras tanto, al movimiento social progresista lo encontró el fenómeno Bukele como algo complejo y desarticulado. Esto también tenía su historia. A lo largo de la década de los 90 y en este siglo, la izquierda social pasó por muchos problemas y transformaciones, pero quizás nada fue tan desmovilizador como que el partido que la acompañó todo ese tiempo se convirtiera en gobierno. Combinado esto con el horizonte neoliberal sobre el que estos gobiernos “de izquierda” funcionaron, el movimiento social comenzó a dividirse entre los que apoyaban al Frente y los que no, amén de que entre muchos de esos grupos hubieran otras diferencias.

4. Otro factor importante es la economía. En la salvadoreña predomina la importación de productos y el sector de servicios; desde hace varios años hay una crisis profunda en la agricultura, la cual coloca al país en situación de inseguridad alimentaria; y la industria no está suficientemente desarrollada. La

principal fuente de divisas son las remesas que envían los salvadoreños en el exterior, principalmente los que trabajan en Estados Unidos. Este factor fue, durante muchos años, un instrumento de chantaje que la derecha usó con fines electorales: “si no votan por nosotros, no llegarán las remesas”. Pero también se constituyó en el factor que propició que “la Diáspora” —así se les llama a los salvadoreños que viven en Estados Unidos— ascendiera como actor político, y todo parece indicar que se trata de un sector que ha ido adquiriendo mucha influencia —económica y simbólica—, y ha apoyado activamente el ascenso de Bukele.

Pero quisiera aventurarme señalando la probable conexión entre esta “economía de remesas” y otro elemento que aún debería ser analizado con más cuidado. Bukele ha ido promoviendo, desde sus inicios, una particular forma de entender la economía, casi reduciéndola a sus expresiones financieras y claramente especulativas, uniéndola a la novedad y a “lo tecnológico”. Un ejemplo concreto de esto es el uso político del bitcoin y su inicial recepción llena de entusiasmo por una sociedad que, a lo largo de algunas décadas de sostenerse gracias a las remesas, quizás fuera más proclive a poner sus esperanzas en la llegada de una riqueza que parece adquirirse “sin tener que trabajar”. Creo que son cuestiones sobre las que valdría la pena pensar.

5. Este recorrido por los elementos de nuestra realidad nacional que facilitaron la llegada de la dictadura de Bukele estaría incompleto sin una reflexión sobre el crimen organizado y las pandillas, conocidas como “maras”. Estas fueron adquiriendo un enorme poder y el control de grandes territorios, principalmente urbanos y suburbanos. Fue un proceso que se fue consolidando en la posguerra y que los gobiernos anteriores no lograron controlar, en parte porque se trataba de organizaciones criminales grandes y sofisticadas, con alianzas transnacionales y vínculos con sectores del mundo político nacional y la misma institucionalidad, pero también porque, al no haber verdaderas alternativas sociales y económicas que considerar, amplios sectores de la población se veían forzados a unírseles.

Así como otros actores políticos antes que él, Bukele comenzó a negociar con las maras cuando quería conseguir apoyos para sus objetivos políticos. Posteriormente, cuando algunos líderes de pandillas incumplieron los acuerdos, Bukele hizo lo que hasta entonces nadie se había atrevido hacer: usando el ejército y la fuerza policial, emprendió una guerra contra los territorios y la población que habían sido catalogados previamente como criminales, suspendiendo las garantías constitucionales y ampliando esta suspensión a todo el territorio del país y a todas las áreas de la sociedad. El resultado es de sobra conocido: zonas que antes eran intransitables se volvieron tranquilas, las extorsiones pararon, los asesinatos disminuyeron significativamente y se consiguió una paz armada, pero paz al fin.

Ahora bien, aunque muchos ya lo sospechábamos desde el principio, el costo real de esta paz solo recientemente comenzó a verse con más claridad: como parte de una estrategia de persecución que puso tras las rejas a cientos de pandilleros, aunque también premió y concedió privilegios a los cabecillas con los que se había negociado previamente, miles de personas inocentes fueron perseguidas, encarceladas, torturadas y asesinadas. Asimismo, el Estado de Excepción que hizo posible todo esto se siguió extendiendo hasta ahora, ya que, como señalaré más adelante, se convirtió en la piedra angular de una estrategia absoluta de dominación.

6. Es así como el presidente que llevó la paz a los territorios se convirtió en el dictador de El Salvador, designado así por el mismo pueblo que votó por él en 2019 y 2024. Ya en su primer período

presidencial, Bukele se sentía cómodo con que lo llamaran dictador y el amplio apoyo en las urnas que llegó después confirmó que el pueblo también. Hace algún tiempo, un colega me decía que era fundamental reparar en que, durante la toma de posesión de su cargo, no fue el pueblo quien le tomó el juramento, sino que fue él quien se lo tomó al pueblo, indicando de ese modo que él sería ahora El Soberano. Estábamos avisados.

Por eso no nos extrañó que, más pronto que tarde, asistiéramos al final de la separación de poderes y la destrucción del Estado de Derecho. Más allá del discurso, este poder absoluto de Bukele comenzó en 2021, con una Asamblea Legislativa dominada por “sus diputados” y la instalación de “sus magistrados” en la Corte Suprema de Justicia. Quizás el mejor ejemplo de hasta qué punto el Estado de Derecho salvadoreño ha sido socavado sea la suspensión de facto del *habeas corpus* por parte de la Corte Suprema, convertida ahora en brazo ejecutor de Bukele.

Pero esto no paró ahí. En la actualidad, en El Salvador se viene consumando una especie de “legalización de la ilegalidad”: los recursos contra funcionarios de Bukele se dejan sin efecto o no son admitidos, y las fuerzas de seguridad actúan con total impunidad, como en los peores días de la represión y la guerra civil. Consistente con tales objetivos, el régimen de Bukele ha eliminado la posibilidad de acceso a la información pública y contraloría ciudadana relacionada con medidas de seguridad, gestión pública —como el manejo de la pandemia de la COVID-19—, adquisición de préstamos, etc., y la cantidad de procesos, decisiones, acuerdos y documentos que han sido declarados “bajo reserva” es enorme.

7. Y acá viene la pregunta: ¿cómo ha logrado Bukele conseguir todo esto, manteniendo al mismo tiempo grandes cuotas de popularidad? La respuesta se compone de varios elementos, en realidad, pero comenzaré con la ya famosa irrupción en la Asamblea Legislativa, en 2020, a pocos meses de asumir su primer mandato. Asistíamos entonces al uso de la fuerza para intimidar a los diputados elegidos por el pueblo, pero con un giro crucial: su línea directa con Dios le autorizaba a convertir a los diputados en enemigos, suyos y del pueblo, erigiéndose en una especie de Mesías, el enviado del Altísimo. Pero esto no era raro en absoluto, era consistente con la imagen de sí mismo que Bukele había venido vendiendo con éxito a moros y cristianos: un presidente “Amo”, el “patrón” que despide funcionarios con un tuit, el “Padre” de la nación que se las sabe todas e incluso más, y que ahora era el Comandante Supremo, rodeado de sus soldados. Una imagen que, seguramente, a miles de salvadoreños les hizo brotar lágrimas de satisfacción.

Pero esta *performance* de “la espada y la cruz” solo iba a ser el inicio de una constante apelación al Terror de Estado como recurso legítimo. Lo que vendría después sería el Régimen de Excepción Permanente, que no tuvo nunca como única ni primordial función el combate al crimen, sino la constitución de un monopolio “estatal-familiar” de negocios y saqueo público. En la actualidad, El Salvador es un país en el que Bukele detenta el poder y su familia gestiona las ganancias. A estas alturas, los Bukele han comprado terrenos, creado y fortalecido empresas, gestionado alianzas empresariales y modificado incluso la geografía comercial de áreas enteras de la capital y el resto del país, en función de su provecho. Sin embargo, si hasta acá resulta difícil concebir cómo las ganancias privadas podrían ser percibidas por el público como beneficios públicos, debemos sumergirnos en el mundo de fantasías que Bukele llevaba años construyendo.

8. Desde sus inicios como alcalde, Nayib Bukele trabajó para construir su imagen combinando básicamente dos elementos: por un lado, el político joven, visionario y optimista que no es capaz de admitir que sus sueños tengan límites y, por el otro, el ángel exterminador del mal y la corrupción, enemigo absoluto de todo lo pasado, todo lo viejo, todo lo malo. Pero lo que demuestra el tamaño de su éxito fue su capacidad de lograr que sus seguidores, admiradores y electores lo vieran como una encarnación de *sus propios* deseos y aspiraciones.

Esta identificación con sus fantasías narcisistas —desde el incuestionable pronóstico de éxito del bitcóin hasta el tren del Pacífico, pasando por el satélite Cuscatlán y el reconocimiento de El Salvador como potencia mundial— explica, a mi modo de ver, la fuerza interior que hace que para muchos sea impensable criticarlo o retirarle su apoyo. ¡Atacar a ese hombre y sus fantasías equivaldría a decapitarse uno mismo! Y eso es algo que querrían evitar a toda costa.

Aunque también hay que considerar que todo el trabajo que se realiza mediante las redes sociales y la desinformación echa mano de aquel segundo elemento fundamental de la imagen de este Déspota que nos gobierna, uno especialmente peligroso, por insidioso, pero también por la fascinación que ejerce: cada consumidor del “producto Bukele” es llamado a desarrollar su “despotismo interior”, ese anhelo de levantarse como un “hombre —o mujer— sin ley”, convocado a ser parte de los que se ven a sí mismos como vencedores y abrazan la fascinación por la fuerza bruta. Puede ser que Bukele no le haya dado al pueblo todo lo que prometió, ni siquiera un pequeño porcentaje, pero sí que le ha dado algo que este pueblo aprendió a desear: un odio del que puede ser parte, sumarse alegremente al escarnio público de opositores y críticos, sentirse parte de la horda que aplasta al enemigo.

9. El régimen de Bukele es fascista en los sentidos que importan. Retomando el agudo análisis de Edgar Baltazar Landeros, de reciente publicación, señalo 3 elementos fundamentales: Nayib Bukele ha constituido un culto a la personalidad e instaurado un partido único *de facto*; ha vaciado y pervertido la representatividad democrática; y ha tomado todo el poder, llamando al pueblo a una guerra contra un supuesto “enemigo común”. Este es un *fascismo neoliberal*, una extrema derecha que ha llevado al totalitarismo del mercado a niveles nunca antes vistos en el país: lo ha hecho mediante el desmantelamiento de los contrapesos políticos, la anulación del rol estatal de contraloría sobre los privados y la persecución brutal de la organización social crítica.

Y la construcción de su enemigo es una cuestión crucial. Originalmente, Bukele convirtió en enemigos a los partidos tradicionales y a los políticos que no se unieron a su proyecto. Luego el rango se amplió para incluir a los pandilleros, viejos oligarcas, militantes de otros partidos, defensores de derechos humanos, organizaciones internacionales, oenegés, e incluso la ONU o la Unión Europea. Los enemigos que lubrican su maquinaria de odio siempre están cambiando, según la coyuntura, y son creados mediante la desinformación y el recurso a teorías conspirativas. Pero los que más están padeciendo esta orgía de odio tienen algo en común: son pobres. En los últimos años, los más pobres viven en constante temor, siendo perseguidos, hostigados o encarcelados por resistirse a que les quiten la vida o sus medios para vivir. Porque no importa qué ideas profesen o a qué se dediquen ni a qué organización pertenezcan, la pobreza siempre los pone bajo “sospecha de humanidad”.

10. Haré una paráfrasis de Franz Hinkelammert para concluir hablando de la “política de la inhumanidad” de Nayib Bukele y su ataque a los Derechos Humanos. Porque de eso se trata. Franz

decía, en un artículo de 1996, que el neoliberalismo, nutriéndose de una metafísica de la inhumanidad que ha matado a Dios, a Marx y a la teología de la liberación, trata de convencernos, de una vez por todas, que las alternativas al mercado total son imposibles, por irracionales, por locas. Al matar a Dios, la misma humanidad se concibe a sí misma como una especie de “dios inhumano” y ya no tiene sentido luchar contra lo que nos deshumaniza ni ver a los pobres como aquellos por los que hay que optar. En resumen, al renunciar a nuestra humanidad, solo nos resta sumarnos a la extrema derecha neoliberal.

Eso es precisamente lo que Bukele ha emprendido en su ataque a los Derechos Humanos, a los que considera un “instrumento de sometimiento”, así como al Estado de Derecho, la defensa de la institucionalidad y la democracia. Para Bukele, si los Derechos Humanos impiden que se use la violencia extrema contra el enemigo, debemos renunciar a ellos. No es la suya simplemente una política que se hace de espaldas a los Derechos Humanos o que busca encubrir las violaciones de los mismos, sino que es una consciente y anunciada política de la inhumanidad con pretensiones de racionalidad y la exigencia del sacrificio necesario: la “medicina amarga”. Solo que se basa en la desinformación, la manipulación mediática y el uso despiadado de una brutalidad que el Estado no aplicaba contra sus ciudadanos desde la guerra civil.

Y bien, así es como está El Salvador y así fue como llegamos a donde estamos. El “modelo Bukele” se puede intentar aplicar en otros países, pero se necesitarían unas condiciones muy particulares para que lograra ser exitoso. No son condiciones universales, aunque quizás algunas podrían estar presentes o ser similares a las de otras regiones. Tomando eso en cuenta, quienes conocen mejor la realidad de Costa Rica y les preocupa que pueda replicarse acá la “dictadura *millennial*” deberán analizar qué es fundamental considerar, dónde hay que mirar con cuidado, qué deben reforzar y proteger, sobre qué es imperativo alertar y qué no pueden permitir que suceda.

No creo que se trate de retroceder hacia un descuidado optimismo, confiando en algún tipo de “singularidad costarricense”, pero tampoco considero que *necesariamente* “Costa Rica es la que sigue” o algo parecido. No deberíamos abrazar ni la confianza desmedida ni el temor que paraliza. Pero como ya vemos que el ascenso de los autoritarismos y neofascismos no es puro cuento sino algo real, cercano e insidioso, *debemos* ser ese tipo particular de pesimista que no renuncia a la esperanza, aquella que proviene del análisis responsable, la organización colectiva y la acción solidaria. Muchas gracias.

Baltazar Landeros, Edgar, *Desinformación y autocracia: El Salvador de Nayib Bukele*, 1ª ed., Buenos Aires/Quilmes, CLACSO/Universidad Nacional de Quilmes, 2025

Hinkelammert, Franz: “Los muertos en el sótano del occidente: la metafísica de la inhumanidad y nuestra respuesta”, en *Pasos*, n.º 67 (1996) pp. 24-30, disponible en <https://coleccion.uca.edu.sv/s/franz-hinkelammert/item/10897>